

José
Marín Cañas



Don Alejandro

Cuando yo estaba en los diecisiete —que es la época de estudiar el conocimiento de las grandes figuras de la Humanidad— andaba yo a la búsqueda de amigos que me sirvieran de maestros. Había regresado a Costa Rica más pobre que las ánimas benditas y mis conocimientos se reducían, —por aquel entonces, y no quiero decir que no sea ahora también— a lo aprendido en el Liceo del que salí para estudiar en España un curso de matemáticas, que sirven para operar pero no para penetrar dentro de la cultura humanística, en un ilusorio plan de estudiar Ingeniería Industrial. Fue en aquella época cuando hice amistad con don Alejandro. Ya desde los tiempos de Guillermo —cuando hacíamos música con él y Juancito Dávila en la casa de éste último— la vasta cultura de Guillermo me abrió los ojos hacia mundos desconocidos hasta entonces dentro del campo musical, que había cultivado yo de niño. De la amistad con Guillermo, —al que conocí de diez años, sentado a un piano ejecutando con gran maestría obras que lo hicieron famoso dentro del país— pasé a la amistad con don Alejandro. Desde entonces me declaré a mí mismo, dispuesto a ser discípulo de aquél que poseía una cultura deslumbrante para un pobre muchacho errático y desvalido que andaba a la caza de un conocimiento inalcanzable en la universidad de la calle.

Acostumbraba don Alejandro pasear en la noche por el Parque Central. Eran otros tiempos en que las cosas, las circunstancias y la vida misma, transcurrían por sitios que una ráfaga de locura del siglo, trastrocó hacia el punto opuesto. Empecé a buscarlo valiéndome de cualquier pretexto para enhebrar un tema cualquiera. Después de creada la situación, mi oficio era escuetamente escuchar, grabar en mi mente, y aprender algo de la infusa y enredada cuestión vital y social que el mundo iba deshilando. Poco a poco, de los labios del maestro-amigo, fui captando en todo su horror y profundidad, la gran catástrofe que se avecinaba.

Conversador sin par, don Alejandro me hablaba de personajes desconocidos totalmente para mi ignorancia. Quedé enajenado por su rítmica palabra, por el encanto y misterio de los temas, por la presencia lejana y nebulosa de filósofos que habían aparecido conforme el vivir de las sociedades se hacía más intrincado y abstruso. Era su deleite principal discurrir sobre Bergson, al que conocía en forma honda y de quien hablaba con un emocionado recuerdo.

A mi mente blanca de conocimientos y ávida de misterios, sus palabras caían como un bálsamo y como un licor, que fue creando en mi espíritu un acicate para volar a los mundos desconocidos de entonces. Paseábamos en las noches tranquilas del verano dándole vueltas al Parque Central, y conforme iban siendo los paseos, mi admiración y respeto se iban afianzando al par que mi agradecimiento por ser la primera fuente de sabiduría por cuya boca hablaban los Dioses.

Don Alejandro me explicaba —atacando temas candentes y reales que la vida creaba— las luchas suyas al frente del "Liceo de Costa Rica", cuyas generaciones no lo olvidarán nunca. Por un milagro que nunca me expliqué, los alumnos del Liceo, que estaban alborotados y bronquistas, ante la presencia de un hombre de vigoroso imperio, sin gritos y sin alharacas, les infundió respeto su jerarquía. De pronto, aquella encabritada juventud topó con la medida exacta, con el freno y el bozal perfectos, para, sin menguar la alegría y el vigor de vivir, mantenerse y encauzarse por los caminos de la corrección, como los que habían transitado los alumnos de otras épocas en que la gente del país hacía gala de una elegante y fina compostura; hábitos desaparecidos con la introducción de las ideas de la revolución, de la sociedad como comportamiento y la chabacanería como trato usual.

El "Liceo de Costa Rica" fue un ejemplo asombroso de disciplina, de trabajo y de respeto. Para ello, el maestro conversador de mis paseos por el Parque, no había hecho gala de poder, ni derroche de fuerza. La claridad de los conceptos, la elevación del espíritu que lo animaba al dirigirse a los liceistas, hicieron nacer en el ámbito revolucionario y agresivo de antes, el equilibrio, la sensatez, la elegancia en el porte y la humildad y respeto en sus expresiones vitales. Fue una época famosa en todos los tiempos del Liceo. Por varios años estuvo al frente de la Institución de Secundaria más grande y famosa de la Patria, y al dejar la dirección, dejó la semilla en varias generaciones que lo conocieron, lo respetaron y guardan la admiración que siempre han de producir en nuestras vidas de estudiantes, esos hombres veraces, rectilíneos y verticales, cuyo espíritu es todo un tratado de vida.

Lo gocé como profesor de Economía Política en la escuela nocturna comercial en la que apenas pude remendarme algunos conocimientos, y sentí ya al profesor: el hombre que es dueño de una cátedra segura, de fluidez en la exposición, de brillantes secuencias en la forma y en la armadura.

Al correr de los años, dejé de verlo. Primero porque se fue a Méjico. Después, porque se ermitañó en Alajuelita, de donde venían noticias lejanas, inciertas y vacilantes.

Hace un mes y medio recibí una elegante tarjeta suya felicitándome por un libro mío que había tenido la suerte de "tener suerte". Se la agradecí con toda mi alma. Guardo la pequeña esquila, como una presea de gran valor, que me remonta cuantas veces la he leído a mis primeros días de ser su alumno por las aceras de nuestro Parque Central, en las largas conversaciones en las que se hablaba de Platón, de Sócrates, de la cultura romana, de los poetas y los geómetras del Mar Egeo; todo un mundo irreal y desconocido para aquél pobre joven ávido de oír a los que podrían abrirle la Caja de Pandora de una cultura ambiciosamente deseada.

Con los años, todos nos fuimos arrugando por el tiempo, el viento, el dolor y la tristura. Don Alejandro Aguilar Machado ya no enseña, ni es maestro, ni brilla en el mundo social. Vive esparciendo su cultura entre los vecinos, la muchachada que lo oye como si fuera un cura. Porque a los ochenta años, don Alejandro, "Lilito" como le dijimos siempre sus íntimos, tiene la seca y húmeda soledad de los profetas.

Está aún erguido, pero enfermo. Triste, por solo. El país le debe un gran homenaje. ¡No estas pobres palabras que nada dicen!